

EXPLICACION.

1 «Y tambien sobre esto se espeluzó mi corazon y fué desquiciado de su lugar.» Por las obras maravillosas que Dios en la naturaleza hace, en el fin del capítulo pasado comenzó Eliú á mostrar su saber y grandeza, para criar en el ánimo de Job la reverencia y temor de Dios, que á su parecer le faltaba, y para apartarle de escudriñar sus juicios; y lo mismo para el mismo fin lleva agora adelante. Y porque habia dicho de las nubes y de las lluvias, dice de los truenos y rayos y relámpagos. Y de los truenos primero, y dice así: «Tambien sobre esto se espeluzó mi corazon.» Como diciendo: Allende de lo dicho, y en esto mismo que dicho he, hay otra cosa maravillosa y de espanto, así para el sentido cuando lo oye, como para el ánimo siempre que considera la razon y causa dello, que es:

2 «Oír con temblor voz suya, y sonido que de su boca procederá.» Como si dijese que entre estas nubes y lluvias que Dios ordena y envia cuando menos pensais, abre el Señor la boca con extraordinario ruido y suena, y «oír su voz» espantable y temerosa. Que llama voz de Dios por encarecimiento á los truenos, así por su grandeza de estruendo como por sonar, á nuestro parecer, en el cielo sin causa descubierta y que se vea. Y prosigue diciendo las cualidades del trueno y lo que le antecede y se le sigue. Dice:

3 «Debajo de todo cielo considera él, y su luz sobre fines de tierra.» Quiere decir que primero que el trueno, ó venga él ó Dios le envíe, abre los ojos y mira súbita y brevisimamente todo lo que el cielo cubre desde oriente á poniente. Y cuando dice que «mira ó considera él», ó habla del trueno y da persona y sentidos, careciendo de ellos, por figura poética, ó habla de Dios y dice que «mira ó considera», tambien figuradamente, aunque en otra manera. Porque el mirar ó considerar que aquí se atribuye, ó al trueno que suena ó á Dios que le envia, no es propiedad, sino semejanza, para declarar el relámpago, que luce antes que el trueno suene; que se manifiesta por lo que luego se dice, «y su luz sobre fines de tierra.» Por manera que el *considerar* es enviar su luz, que es el relámpago, que nace con el trueno y llega á nuestros oídos primero; y el *relampaguear* ó el rasgar el trueno las nubes y dar salida á su luz, es como un abrir el trueno los ojos y descubrir los rayos dellos y enviarlos delante y como guia suya, primero que él venga, vayan reconociendo el camino por donde ha de venir. Que la carrera que ha de pasar el trueno, el relámpago, en nombre suyo, la pasea y considera primero; y así dice otra letra, «debajo de todo el cielo enderezamiento y camino suyo.» Y así dice:

4 «Despues de él bramará tronido, tronará en voz de su manificencia, y no será buscada cuando fuere oída su voz.» «Despues de él,» esto es, despues de esta luz del relámpago, y despues de haber con ella visto bien la carrera, «bramará el tronido» luego, porque para nosotros el relámpago es visto primero, y el trueno oído despues. Pues dice que *bramará*, porque es sonido espantoso; y por el mismo fin añade que «tronará en voz de su manificencia», para declarar que es

una voz terrible y grandísima; y dice que «no será buscada cuando fuere oída su voz», para decir la velocidad con que pasa, y para significar que pasada, no deja rastro de sí, y que aunque entendemos de dónde vino, no sabremos señalar la parte por dó vino ni adónde pasó; ó porque, como otra letra dice, «no la detendrá cuando fuere oída su voz,» esto es, no será nadie poderoso, cuando sonar quiere, para que el tronido no suene, ni es parte nadie para atapar la boca al cielo cuando la abre para despedir la voz de este son. «Despues de él, dice, bramará tronido.» En la naturaleza, y segun lo que pasa en el hecho de la verdad, primero es el trueno y despues el relámpago, porque el relámpago para salir rasga la nube, que rasgándose hace aquel estampido; y como es primero rasgarla que salir fuera della, así es primero el tronar que el relámpago. Mas en nosotros es al revés, porque la luz es mas ligera que el son, y Eliú habla segun lo que sentimos nosotros, y habla segun la verdad del sentido secreto que en esto visible se encubre. Porque sin duda en el cielo espiritual, cuando influye en una alma estéril para hacer que dé fruto, primero luce y despues truena, y juntamente llueve, y habiendo tronado, cresce con mas copia la lluvia; así como en la naturaleza pasa, segun lo que mentamos y vemos. Porque así como la fe es la primera, y el entender es la puerta para entrar á la voluntad, así forzosamente la luz es la que primero entra en el alma ciega y sepultada en tinieblas, y la alumbraba y hace que vea en un momento el suelo y el cielo, á sí y á Dios, la vileza y bajeza suya, y la alteza y muchedumbre de los bienes que pierde; y como dice Eliú, hace que considere «debajo de todo el cielo, y su lumbré vaya sobre alas de tierra», ó como otra letra dice, «sobre sus términos.» Porque ve el hombre entonces por medio de un relámpago súbito y de una representación clara y brevísima, los fines de la tierra y sus alas, quiere decir, en qué para lo que en esta tierra de miseria se estima, y su ligero vuelo, con que se desaparece en un punto. A lo cual se sigue luego un trueno de temor espantoso, que deja asombradas y temblando todas las fuerzas del alma, un tronido que dentro della se oye diciendo: ¡Ay perdida! y ¡qué he hecho! de lo pasado ¡que tengo! y en lo venidero ¡qué esperanza me queda! Espanto, asombro, temblores, voces de amargura, representaciones de muerte y tormento perpétuo, que desmenuzan el corazon y sumen en el abismo el sentido. Mas entre esta luz y tronido, entre este conocimiento y temblor, la lluvia de la gracia cae mansamente y descendiendo; y cuanto el temblor y el ruido que en el alma pasa es mayor, tanto descendiende mas copiosa, y así la baña, que mucha parte della sale por los ojos convertida en provechosísimas lágrimas, con que se lava el corazon podreído, y poco á poco se repara y renueva, y de estéril y inútil que era antes, se hace fructuoso y fecundo, y se viste de verdor y hermosura. Así se vió en la luz y en la voz que derribó tanto de su perverso ánimo, como de su estado, á san Pablo (*Act. Apost.*, cap. ix), y así se ve cada día en mil almas. Mas veamos lo que dice mas Eliú:

5 «Tronará Dios en voz suya á las maravillas, hacedor de grandezas que no sabemos.» Cada palabra tiene

su encarecimiento, y todas se enderezan á engrandecer el espantoso ruido que el trueno hace. Dice *tronar*, que es no sonar como quiera, y dice que truena *Dios*, en que da á entender que es sonido grandísimo, porque todo lo que se atribuye á Dios siempre es grande, y dice «á las maravillas», porque es caso muy maravilloso sin duda que un poco de vapor espesado y rasgado haga tan espantable sonido. Pero no es nuevo á Dios hacer lo que no alcanzamos los hombres, antes proprio y muy suyo; porque, como añade, es Dios «hacedor de grandezas que no sabemos». Y esto mismo, si lo pasamos al alma, ¡dichosa aquella en quien Dios truena con voz suya en la forma y manera sobredicha! Porque sin duda truena «á las maravillas», esto es, para hacer en ella maravillas nunca merecidas y que solamente pueden ser hechas por Dios. Porque, como sea maravilloso Dios en todas sus obras, en ninguna es tanto como en trastornar un pecho al mal entregado, y sanarle, volviéndole al amor de la justicia de la afición del pecado. Que una maravilla es, buscar Dios con amor á quien en acto le aborrece y desirve, y otra, no ser en esta busca mas misericordioso que justo, teniendo en ella respeto á su Hijo; y la tercera, sin forzar lo que es libre, desaficionarle y desearle de lo que perdidamente ama, é inducirle á querer lo que ni ve ni posee; y la cuarta es la manera como le sigue y los alcances que le da, y el artificio de los medios que usa hasta meterle en sus redes. Que en lo primero muestra su bondad infinita, y en lo segundo su justicia sin término, y en lo tercero su poder amoroso, y en lo último su saber sin medida. Y por eso le llama «hacedor de grandezas que no sabemos»; porque á todo saber excede la sabiduría de los medios de que Dios para este fin se aprovecha, como en lo que se sigue veremos. Dice pues:

6 «Que á nieve dirá, descendiende á la tierra, y á lluvia de invierno, y á lluvia de lluvias de su fortaleza.» Porque dijo ser Dios hacedor de grandezas, refiere algunas naturales que hace en la tierra y el aire; y como dijo del trueno y relámpago, dice agora de la nieve y de las lluvias del invierno y verano, confesando que las envia Dios y alabando en ellas su providencia y grandeza, que con sumo poder y saber dispuso desde su principio las causas con tanta eficacia y concierto, que á sus tiempos ordenados y propios envien de las nubes el agua, unas veces hecha nieve, y otras deshecha en gotas menudas de lluvia, unas mansa y otras recia y copiosa, porque conviene así para la sazón de los frutos. Dice «que dirá á la nieve que descienda en la tierra», porque él lo hace todo, no solo porque desde su principio compuso las causas para ello, sino tambien porque cuando se hace concurre él con las causas. Y dicele «que descienda», ó como el original dice, «que esté,» porque la nieve sobre la tierra, cuando cae, queda como asentada reposando en ella, no corriendo ni sumiéndose por el suelo, conforme á lo que el lírico dice (a):

Y las nieves
Compuestas y tendidas,
De el aire agudo en hielo convertidas.

Y distingue dos lluvias, una que llama el original anti-

(a) Horat., lib. II; Carm., od. 10, v. 7.

blado de lluvia», y otra que la nombra «nublado de lluvias de su fortaleza». La primera es molleza ó agua mansa, como de invierno, y la segunda recia y de avenida, como son los turbiones en verano, que cada una es cual conviene ser á su tiempo. Que son diferencias que ni mas ni menos las hace Dios en el repartir de su gracia para bien de las almas. Porque unas veces envia nieves, esto es, disposiciones apretadas y frias que estrechan y hielan el corazon, y hace que estén de asiento en él y que duren dias y años, para que recogiendo en sí, no se derrame de fuera, y para que el regalo no le desvanezca y se vaya todo en hojas y flor. Porque así como en la tierra las nieves sobre los sembrados caidas, apretando el suelo y recogiendo el calor hácia el centro, hacen que se encepse el grano y que eche raíces, y cobre fuerza en sí mismo, y no brote afuera sin tiempo, así las que Dios nieva en el alma recogen la fuerza de ella á lo íntimo, y la desvian de aquesto exterior, y la esfuerzan y hacen valiente en sí misma, y la arraigan con firmeza en el bien, para que despues con mayor abundancia dé fruto. Así envia unas veces nieves, y otras riega y baña el alma con lluvia, unas veces menuda y sosegada, que se bebe en ella y la cala y penetra dulcemente, y la enmollece y regala y hace fértil para producir frutos santos; otras de golpe y de avenida, y con tanta abundancia, que llena de Dios el alma, y desasida de aquesto visible, embriagada y como reventando, y no cabiendo en sí misma, se levanta á virtudes heroicas. Y así luego dice:

7 «En mano de todo hombre sella para entender cada uno en su obra.» Porque quiere decir que les *sella* y cierra las manos por medio de esta nieve fria y desta abundancia de gracia, para que no se ocupen en las obras de tierra en que entendian antes; y que los encierra en su casa, alejándolos destas cosas de fuera, para que encerrados en sí, y apartados de lo que tan poco les pertenece, trabajen en la composición de sí mismos, que es su oficio y obra propia. Y esto mismo acontece en lo natural, de que Eliú descubiertamente habla. Que como habia dicho de la nieve que Dios envia, que es fria en sí, y viene siempre en tiempo frio y helado, diviértese, segun costumbre poética, y dice lo que el frio hace. Y engrandece su fuerza por sus accidentes y efectos, diciendo que «pone sello en las manos de los hombres», porque se las entorpece y vuelve áteridas, y como inútiles para aprehender lo que quieren, y porque las encierran en sus casas, é impide y pone estanco en sus obras, para que no entiendan en ellas. Que el tiempo helado cierra la puerta á las labores del campo, de que dice el poeta (b):

Que cuando reina el frio y hielo crudo,
Los labradores por la mayor parte
Cozan de lo allegado, y juntamente
A veces se convidan dulcemente.

Dice pues: «En mano de todo hombre sella,» esto es, pone sello en las manos de todos con el rigor del frio que envia. «Para entender cada uno en su obra.» «Para entender» quiere decir «para hacer»; porque en la lengua original, como en la nuestra, *entender* se toma por *hacer*, y entender en una cosa es hacerla ó poner-

(b) Virg., *Georg.*, 1, v. 300.

la por obra. Y diciendo «para entender», niega que puedan entender en sus obras los hombres, por estar ateridos del hielo; y niégalo por virtud de la negacion que se encierra en decir que les *sella*, esto es, que no les deja sueltas y libres las manos. Prosigue adelante:

8 «Entrará alimaña en su cueva, en su escondrijo morará;» en que dice otro efecto que el frio hace, y con que encarece, diciéndole, su grande fuerza. Porque, vencidas de él, y no pudiendo sufrir su rigor las alimañas, todas se van á sus cuevas, y en el abrigo de ellas metidas, en cuanto el rigor dura, pasan su vida. O si decimos que no habla del hielo aquí, sino de los aguaceros y de las tempestades que hay en el verano de aguas, es verdad tambien decir que huyen entonces los animales á sus escondrijos, y pasan allí en cuanto pasa la furia. Y de ambas maneras se verifica bien en lo que toca á las almas. Porque en los tiempos ásperos que Dios envía á los suyos, y en el frio de la nieve, y en la avenida de los trabajos y males, lo bruto que en nosotros vive y desmandarse suele con la serenidad y blandura, se retira entonces y encoge, y verdaderamente se encubre y enflaquece y casi pierde la vida. Que para ese fin trabaja Dios á los buenos, para apurarlos, esto es, para acabar en ellos, cuanto es posible, todo lo que de razon carece ó que no se sujeta á ella, y quiere vivir brutalmente libre y por sí. Dice mas: que

9 «De lo interior vendrá el turbion y del arturo el frio.» Interior llama el polo que se nos encubre, opuesto y contrario al descubierto que vemos, y ansimismo á las regiones del mediodía que á él se allegan; y llámalo así, porque antes de agora eran regiones no conocidas. Pues de allí dice que viene el turbion y las tempestades de las aguas, porque el ábrego y vendabal que sopla de aquellas partes es tempestuoso y lluvioso; y del arturo, que es el norte, viene el frio, porque el cierzo, que nace de aquella region, es frio y agudo viento. Y así, donde decimos *arturo*, el original dice *mezarim*, «los esparcidores,» para declarar por ello los frios, que con su agudeza y sequedad consumen los humores y esparcen y deshacen las nubes y serenar el aire. Y cuenta esta diversidad de vientos, y la diferencia de los efectos contrarios que hacen entre las obras maravillosas de Dios con razon justa; porque aunque los conocemos por el sentido, si queremos dar verdadera razon de ellos con el entendimiento, no la sabremos dar, ni la han dado los filósofos, que son maspreciados, y que con cuidado se desvelaron en darla, como se mostrara á los ojos si no fuera ajeno deste propósito. El mediodía, en la Sagrada Escritura, y el viento que del mediodía procede, es bien recibido; y al revés, reprobado y desechado el norte y setentrion; como se ve por lo que en los *Cantares* (a) dice la Esposa, cuando para el bien de su huerto llama al ábrego y le ruega que sople, y al cierzo y setentrion le manda que huya. Y en otra parte dice un profeta (b) que «del norte vendrá el mal todo». Y no sin secreto misterio Lucifer escogia al setentrion para asiento, cuando acerca del Profeta (c) decía: «Sobre las estrellas del cielo ensalzaré mi trono, en el monte del Testamento, al lado

(a) Cant., cap. 4, v. 16. (b) Jerem., cap. 1, v. 14.
(c) Isai., cap. 14, v. 15.

del aquilon.» Y conforme á esto, entendemos por el norte aquí al espíritu enemigo y al sentido de la carne mundanal y ambicioso, tan léjos del calor de la caridad que da vida, cuanto del sol están desterradas las partes del norte; los cuales espíritus y sentidos siempre son causa de frio y de hielo en el alma, abrasando con hielo sus felices plantas, y quitándole el fruto y entorpeciéndola al bien. Y por el contrario, el mediodía es buen espíritu que la ablanda y enternece, y la baña con la lluvia del cielo, y así la hace fructuosa y fecunda y lucida al alma. Mas, porque hay dos maneras de frialdad y de hielo, una que nace del amor de las cosas sensibles, y otra que hace Dios retirando en cierta manera el regalo blando de su presencia; una que hace el vicio que se asienta en el alma, otra que se descubre en ella sin culpa suya, y por orden maravillosa de Dios; de este postrero, ya que del primero habia dicho, dice agora Eliú en esta manera:

10 «A soplo de Dios se hace el hielo, y despues se derraman en anchura las aguas;» que acontece en lo natural y en lo espiritual por una misma forma. Porque, así como con el aire agudo, que es lo que llama «soplo de Dios», se hiela el agua, y despues, volviéndose el aire en otro mas templado, se deshace y deshiela, y corre y se extiende lo que antes estaba como en cadena; así en esta manera de frialdad y apretura que hace Dios en el alma para bien della misma, retirando la influencia de su regalo y blandura, la causa de ella es «soplo de Dios», esto es, es espíritu y orden suya, ordenada toda para nuestro provecho; y si no es espíritu regalado suyo, es espíritu sin duda amoroso, porque se mueve á ello por amor y en ese mismo acto, y cuando lo hace, nos ama. Y el fin es, «resolverse despues en anchura de aguas;» porque no sigue tanto la sombra al cuerpo en el sol, como es cierta, despues de una destas frialdades y sequedades muy grandes, una copia mas grande de regalos dulcísimos. Y es ordinario en Dios, cuando nos quiere hacer algunas grandes mercedes, y antes que nos las haga, tentarnos primero con apreturas y sequedades por muchas razones. Una, para así nos hacer mas puros y mejor dispuestos para lo que ha de venir. Otra, para renovar en nosotros el conocimiento de lo poco que somos sin él, de manera que su memoria reciente no consienta al regalo que luego viene nos desvanezca. Y la tercera, para que el pasar de lo amargo á lo dulce, y de la tristeza de la sequedad á la suavidad de la anchura, y del frio helado al calor amoroso, avive el sentido del bien en nosotros y haga mas acendrado deleite; de arte que lo dulce nos sea mas dulce, y el regalo mas regalado, y el bien y el favor mas gustoso, y el Autor de todos estos bienes sin comparacion mas amable; y no mas amable solamente, sino admirable y por extremo maravilloso, que con tan gran artificio y con variedad tan diversa nos tiembla y guisa y hace mas sabroso el bien para nuestro provecho. Prosigue:

11 «Trigo desea nubes, y nubes esparcen lumbre suya.» No solamente la sementera pide nubes y lluvia, mas tambien las desea el trigo ya nacido y crecido, como en los meses de mayo y abril. Pues loa en esto la providencia de Dios, y cuenta, y con razon, como ma-

ravilla suya tambien, este ordenado concierto con que acude Dios con el agua á sus tiempos, no solo al trigo sembrado para que nazca, sino al nacido para que espigue y fructifique. Y así, dice que «el trigo desea nubes», esto es, que tiene necesidad en el abril de sus lluvias; y porque corre entonces la necesidad, hace la orden de Dios que las nubes entonces vengan y «derramen su lumbre», que es su agua lloviendo. Y llámala *lumbre*, ó porque la palabra original *or* significa lo uno y lo otro, ó porque las lluvias de aquellos meses no son sin relámpagos. Y entendemos de esta doctrina que no hay estado en esta vida tan justo ni gustoso, tan crecido y aprovechado, que no tenga necesidad de la lluvia de la gracia de Dios, y juntamente que no falta Dios, cuanto es en sí, en ningun estado á los suyos. «El trigo, dice, desea nubes,» y porque es trigo, mas las desea. Que los deseos de los bienes de Dios en los mas crecidos y mas perfectos son mucho mayores; los que están en su muerte y los que están en yerba, ni desean así como los espigados, ni tanto las hojas como los granos y el fruto. Y dice que en los tales «las nubes esparcen su lumbre», porque lo que influye la gracia de Dios en los espíritus adelantados en la virtud y perfectos, demás de ser mucho, tiene mas de luz que de regalo; porque de ordinario los regalos se dan á los principiantes, como á tiernos y flacos, y como á niños en la virtud, no capaces de mantenimiento macizo. Esto es así. Aunque en este paso el original da lugar á otra letra que dice: «Tambien serenidad fatiga nube, hará esparcir nube de su lumbre.» Que en una palabra es decir que algunas veces llueve bien con el cierzo, al cual llama aquí *serenidad*, porque de ordinario sucede, cuando sopla, causarla. Y así, porque habia dicho en el verso de antes que Dios con su soplo, esto es, con el viento cierzo soplando, helaba y apretaba las aguas, dice agora que no solamente hiela, sino que tambien algunas veces llueve abundantemente con cierzo. «Tambien, dice, serenidad fatiga nubes,» esto es, no siempre las deshace, sino veces hay que las *fatiga*, esto es, que las trae y las llama y las ocupa en su obra. Como declara luego, añadiendo, «hará esparcir nube de su lumbre,» que es su lluvia, como agora decíamos. Que en lo que toca al espíritu conviene con lo del verso pasado, adonde decíamos que á la sequedad sucede siempre lluvia, y á la apretura y frialdad de espíritu regalo y blandura de Dios; porque lo confirma aquí, y dice ser tan cierto, que la misma *serenidad*, esto es, el mismo cierzo, causador del hielo y del frio, conviene á saber, esa misma esterilidad y encogimiento de espíritu, secretamente, y sin que el alma lo entienda, solicita á las nubes, esto es, llama y saca la lluvia, haciendo mas pura el alma y mas capaz para ella, y avicinándola mas á Dios, el cual influye siempre y abundantemente luego que halla sugetos dispuestos. Y así luego dice:

12 «Y ella en cerco se revuelve por todo en consejo del Gobernador, para obrar todo lo que él le manda sobre la haz de la tierra.» Porque *ella* es la nube, esto es, la fuente de la gracia; la cual, segun el consejo de la providencia de Dios, es quien gobernada, «lo cerca todo á la redonda,» buscando y haciendo sugetos sobre que influya, como en la naturaleza acontece; de que di-

ce que no llueve poco cuando llueve con cierzo, antes lo cercan las nubes todo, y guiadas de Dios por medio de viento, discurren y obran lo que él les ordena «sobre la haz de la tierra», lloviendo ó no lloviendo en partes diversas. Como luego declara, diciendo:

13 «O en una gente, ó en tierra suya, ó en cualquier lugar que su misericordia mandare que se hallen.» O como podemos tambien traducir: «O para vara ó para misericordia haré que sea hallada.» Porque, como sea verdad que las nubes andan por todas partes y derraman su lluvia, agora en unas, y agora en otras, segun la forma que Dios les ordena; mas no siempre la derraman para un mismo fin, ni hacen siempre una obra; que veces llueve para castigo, y veces para misericordia; unas lluvias anegan, otras destruyen los frutos, otras los producen y multiplican. Y así, dice que la nube y la lluvia sirve á Dios, ó de vara y azote para unos, ó de misericordia y piedad para otros. Y es lo mismo en la gracia; que su influencia unas veces castiga y destruye y anega las pasiones del cuerpo, otras en lo alto de el alma, que es propriamente su tierra, produce frutos de misericordia riquísimos. Dice mas:

14 «Escucha Job y advierte y considera maravillas de Dios.» Despues que ha referido Eliú algunas de las obras maravillosas que en la naturaleza Dios hace, allégase mas á su propósito, y aplica lo que dicho tiene á lo que pretende decir. Y así, volviéndose á Job, pidele de nuevo atencion, y adviértele considere las maravillas que ha dicho; y si las ha considerado, pregúntale y dícele:

15 «¿Por dicha sabes cuándo manda Dios á lluvias que mostrasen luz de sus nubes?» Que es como si mas claro dijese: Si has oido, Job, lo que he dicho, y si has puesto atencion, pregúntote, ¿sabrás decirme la causa de ello? ¿Podrás declararme por qué medios, con qué virtud de causas, por qué fines hace Dios lo que hace en las nubes con las lluvias y aire? Como secretamente arguyéndole que si esto público que Dios hace no sabe, menos alcanzará lo secreto; y reprehendiéndole con este argumento del haber querido ponerse con Dios á cuenta, «¿por dicha, dice, sabes cuándo manda Dios lluvias?» esto es, ¿sabes cuándo y cómo y por qué llueve Dios cuando llueve?» Sabes en esta parte de naturaleza, que tan manifiesta parece, los secretos que Dios encierra, las causas que dispuso para la lluvia, cómo y por qué fines la alza ó la envía? Y añade: «¿Que mostrasen luz de sus nubes? Como diciendo: Y ¿sabrásme decir tambien de los rayos y relámpagos, que con las nubes y lluvias vienen y resplandecen? Y prosigue preguntando, y dícele:

16 «¿Por dicha supiste sendas de nubes, grandes y perfectas ciencias?» O segun otra letra: «Extendimientos, ó pesos de nubes maravillas, perfectos saberes.» Que es decirle casi lo mismo que dicho habia, por otras diferentes palabras. Porque «sendas de nubes» son los caminos que hacen, el venir sin saber en qué manera, y desaparecer cuando menos se piensa; y «extendimientos suyos» son lo que no nos maravilla por ser ordinario, y es ello en sí muy maravilloso. De una pequeña nube, estando el cielo sereno, en brevisimo tiem-

po cúbrese todo de nubes y extiéndese casi visiblemente, sin ver lo que se le allega, como se extiende un velo que plegado estaba, si se despliega. Y «pesos de nubes» llama lo que en el aire las tiene suspensas y como en una cierta balanza, que no las consiente ni alzarse mas altas ni caer descendiendo. Todas las cuales cosas son «maravillas y perfectos saberes», porque sus causas propias y verdaderas son muy ocultas, y por la misma razon madres de lo que es maravilla; y no las entiende sino quien mucho sabe y es perfecto en la ciencia. Prosigue:

17 «¿Por dicha vestiduras tuyas se calientan cuando es soplada la tierra del ábrego?» Que es razon cortada, y se hace así entera: «¿Por dicha sabes la causa por qué tus vestiduras se calientan cuando el ábrego sopla?» En que lleva adelante sus preguntas para convencer lo poco que el hombre alcanza de lo que Dios hace y sabe. Porque sin duda, si se apuran las razones que los sábios dan para que unos vientos sean frios y otros calientes, unos sequen y otros humedezcan, constará ser razones de aire, que tienen mas de imaginacion y sospecha que de razon y causa verdadera. El ábrego calienta, como por la experiencia se ve; y si dijere alguno, por causa de su calor, venir del mediodía, que es para caliente y que tiene al sol siempre vecino, parecerá que dice algo, y apretado y llegado al cabo, ni es verdadero ni verisimil. Porque el ábrego que viene del mediodía no siempre nace debajo de la zona tórrida ó de la equinoccial, ni llega soplando desde aquella region á la nuestra, sino nace de ordinario no muchas leguas de donde le sentimos soplar. Y acontecerá muchas veces que mas adelante del lugar donde nace, nazca otro viento contrario que vaya soplando por camino opuesto, y corriendo hácia los que viven al mediodía, les sea frigidísimo cierzo. Y si miramos á sus nacimientos de ambos, está mas cerca del camino del sol el que enfria á los meridionales que el que calienta á nosotros; y aquel, con nacer junto á la tórrida, será cierzo, porque endereza su soplo hácia el polo contrario; y este, cuyo nacimiento se allega á nuestro norte mas, es puro ábrego, porque mira á él cuando sopla. Así que, las verdaderas y propias causas desto natural y visible no las alcanzan esos mismos que en su estudio se emplean. Y eso quiere decir Eliú cuando pregunta á Job si sabe por qué, cuando corre ábrego, da calor el vestido. O como dice otra letra: «¿Por qué tus vestiduras calientes en sosegando la tierra de mediodía?» En que apunta un caso de naturaleza secreto, y es que, segun dice Plinio (a), el viento ábrego, que es tempestuoso en nuestras regiones y causador de nublados, en Africa y en las tierras mas adelante della y mas vecinas al mediodía, serena el cielo y destierra las nubes. Y así, pregunta si sabe la causa de el calor que siente cuando la tierra sujeta al mediodía sosiega, esto es, cuando el ábrego sopla, que apura el aire y deshace los nublados en ella; que viene á ser lo primero. Prosigue:

18 «¿Por ventura tú con él fabricaste los cielos, macizos como vaciados de cobre?» O segun otra letra, «fuertes como espejo vaciado.» Que es por todas partes

(a) Plin., lib. II, cap. 47.

argüirle de arrogante y presumido, y como decirle si, como se tiene por sabio, se imagina tambien poderoso, y como presume saber lo que Dios hace, juzga de sí que lo pudiera hacer. Porque quien entiende en una obra todo su secreto artificio, no está léjos de saber hacerla si quiere. Y así, le pregunta si fabricó él acaso los cielos; que quien tanto se piensa entender de ellos, parece haber sido el autor. Y dice «los cielos» señaladamente, porque todas estas obras de que ha preguntado hasta ahora nacen de ellos y se gobiernan por ellos, y son efectos suyos muy propios. Dice:

19 «Avézanos que respondamos á él; que nosotros no acertarém, por las tinieblas;» que es una disimulada mofa é ironía. Tú, dice, que lo sabes todo, nos enseña qué dirémos á él que nos preguntare estas causas, que nosotros no lo alcanzamos, impedidos de nuestra ignorancia. «Por las tinieblas,» dice, como diciendo: Nosotros vivimos en noche; tú, que eres señor de la luz y vives rodeado de lumbré, podrás alumbrarnos. Pero añade:

20 «¿Quién le contará lo que hablo? Aunque el hombre hablare, será tragado.» Como diciendo que es un imposible que él ni ningun otro hombre, si no fuere alumbrado por Dios, cuente, esto es, declare con razon verdadera lo que habla agora, esto es, lo que ha preguntado y propuesto; ninguno podrá declarar estas causas, ninguno en cosas tan visibles y manifiestas alcanza manifiestamente el arte como Dios las obra. Y aunque alguno, dice, atrevidamente *hablare*, esto es, presumiere de alcanzar las propias causas de estas obras de Dios y decir las, «será tragado» del mismo sugeto, esto es, perderse ha en este abismo metido, y la hondura de ellas le sorberá. Y dicho esto, torna á referir algunas de las mismas obras de naturaleza, diciendo:

21 «Y agora no ven luz, que el aire de improviso en nubes se espesa, y pasa el viento y purificalas.» En que dice la presteza con que el cielo se anubla y serena, que muchas veces se hace en tiempo brevísimo; con que confirma lo que ahora decia, de cuán dificultoso es el conocer estas causas. Porque sin duda es oscuro negocio penetrar cómo en tan breve tiempo se hacen efectos tan grandes, y no es mucho que se pierda (antes es conforme á razon) el mortal que en esto se mete. Dice mas:

22 «De la parte aquilonar viene el oro, y de Dios temerosa alabanza.» Porque dijo, pasa el viento, y ahuyenta ó purifica las nubes, dice luego dónde viene este viento. «De la parte aquilonar viene el oro.» Oro llama la luz serena y el sol que resplandece en el cielo puro y desembarazado de nubes, porque es como oro, y así le suelen llamar los poetas al sol y á la luz; y dice que viene del norte, porque el cierzo que allí nace trae dias serenos y amables. Y lo mismo que es en el día, es verdad en el alma; que sin duda el acrecentamiento de su caridad y el precio de su valor, y su pureza y serenidad y su amable reposo, le viene de la adversidad y trabajo, y estos soplos frios y ásperos siempre hacen grandes y ricas las almas. Y cosa notoria es que en la Sagrada Escritura «el oro» es la caridad, y «la parte aquilonar» todo lo enemigo y adverso. Así que,

pientísimo, poderosísimo, altísimo, y en cuyo respecto, el saber de las criaturas es noche, y la fuerza lana, y el consejo desatino, y el ánimo abatimiento, y el valor flaqueza.

CAPITULO XXXVIII.

ARGUMENTO.

Concluido el largo razonamiento de Eliú, cesaron todos en la disputa; y desde un torbellino de nubes habla Dios en forma sensible, enseñando á Job cuán en vano habia intentado averiguar las razones que habia tenido para alligirle. Preguntale el Señor si sabe las legítimas causas de los efectos naturales, como son, el movimiento de los astros, la produccion de las lluvias, la difusion de la luz y otros semejantes, para que en vista de ser estas cosas ocultas al discurso humano, conozca que le son del todo impenetrables las razones de los divinos juicios.

1 Y respondió Dios á Job de entre el torbellino, y dijo:

2 ¿Quién este que escurece sentencias con palabras vacias de saber?

3 ¿Cúe como varon tus lomos; preguntárte y enseñarme has.

4 ¿Dónde eras al fundar yo la tierra? Manifiéstalo, si tienes saber.

5 ¿Quién puso medidas sobre ella, si lo sabes? O ¿quién extendió sobre ella emplomada?

6 ¿Sobre qué se afirmaron sus apoyos? O ¿quién puso la piedra de su clave.

7 Cuando me cantaron juntamente estrellas de mañana, y se regocijaron todos los hijos de Dios?

8 Y ¿quién cerró con puertas el mar cuando salia fuera como quien sale de madre?

9 ¿Cuando le ponía nube por vestidura, y obscuridad como faja suya?

10 Y rodeéle con términos, y púsele cerrojo y puertas.

11 Y dije: Hasta aquí vendrás, y no añadirás; aquí quebrarás levantamiento de olas tuyas.

12 ¿Por ventura después de tu nacimiento mandaste á la mañana, ó á la aurora enseñaste su lugar?

13 Y ¿aprehendiste los extremos de la tierra, y sacudiste impíos de ella?

14 Será vuelto como lodo el sello, y estará como vestidura.

15 Y será quitada á los malos su luz, y brazo levantado será quebrantado.

16 ¿Por dicha entraste hasta lo profundo de la mar, y en lo postrero del abismo anduviste?

17 ¿Por dicha abriéronse las puertas de la muerte á tí, y las puertas viste de la tenebregura?

18 ¿Por ventura consideraste hasta las anchuras de la tierra? Notificame, si lo sabes todo.

19 ¿Adónde el camino de morada de luz, y tinieblas ¿adónde su lugar?

20 Para que guies á ambas á sus términos, y entiendas las sendas de su casa.

21 Sabrás que entonces habias de nacer, y el número de tus dias muchos.

22 ¿Por dicha has entrado en tesoros de nieve, y tesoros de granizo has mirado,

23 Que aparejé para tiempo de enemigo, para dia de encuentro y pelea?

24 ¿Por qué camino se esparce la luz ó se divide el calor sobre la tierra?

25 ¿Quién dió carrera á la grandísima lluvia y camino al sonoro tronido,

26 Para llover en tierra de no varon, en desierto do en él no hombre,

27 Para hartar yerma y descaminada y producir verduras de yerbas?

«del norte viene el oro,» y de la calamidad el aprovechamiento; y por la misma causa lo que luego se sigue, «y de Dios temerosa alabanza,» ó como otra letra dice, «y á Dios temerosa alabanza.» Porque con ser verdad que convida Dios á que le alabemos y reverencemos por todas partes y con todas sus obras; mas esto de los trabajos y tribulaciones con que ejereita los suyos; entre otros bienes que en ellos hace, les cria en el alma un amor humilde, y una aficion llena de reverencia, y un temeroso y aficionado respeto para con Dios, á quien las almas afligidas y santas miran, por una parte como á Señor que tiene el azote en la mano, y por otra como á Padre misericordioso que tiembla el rigor merecido, y que con semblante de enojado las ama, y por caminos de justicia las beneficia, y haciendo del que las huye, las apura y las allega á sí, y las abraza con nudo de amor estrechísimo. Y así, el alma justa azotada, que esto entiende, se deshace en amor y querría ser toda lenguas, y agoniza por serlo para decir en alabanza de Dios, de su saber, de su poder, de su artificio y piadoso cuidado parte de lo que siente. Mas no hay lengua que baste; y así dice:

23 «No podrémos hallarle como merece, grande en fortaleza, juicio y justicia, y no puede ser contado.» O en otra manera: «Poderosísimo no le hallarém, grande en poder y juicio y muchedumbre de justicia no afligirá.» «No podrémos hallarle como merece,» esto es, hallarle alabanza que alcance á lo que se le debe, lengua que le alabe como debe ser alabado; porque es «grande en fortaleza», esto es, poderoso hacedor de cuanto le place. Y aunque todo es poderoso, no es absoluto ni tirano, sino tan igual y justo, cuan fuerte y poderoso; por lo cual, ni oprime su esforzada mano, ni affige con violencia su poder infinito. De que se sigue lo último, que es:

24 «Por tanto, varones le temerán, y no osarán mirarle todos los que se tienen por sábios.» Porque ni los sábios en su comparacion lo son, ni los valientes varones delante del tienen fuerza; porque para estos es todopoderoso, y para los otros sabio sumamente, y así, es necesario que ambos con espanto se rindan. Y dió bien á cada uno la palabra que le convenia, para mas engrandecer lo que quiere; que de los *varones*, esto es, de los fuertes, dice que le temblarán, que es lo mas ajeno y lo que mas léjos está de la valentia; y á los sábios quita el mirar, siendo lo mas propio dellos el conocer y entender, y el hincar los ojos con mas particular advertencia en las cosas. Porque se entienda, no solamente que ninguno iguala ni puede correr lanza con Dios en el saber ni poder, sino que el sabio ante él es ciego, y el valiente temeroso y cobarde. Con que da fin á su razon Eliú, y feneciéndola, arguye y secretamente prueba todo lo que por ella pretende; que modere Job su lengua para con Dios y presuma de sí menos, y no piense que, si es fácil el atreverse á decirlo, el hacerlo y el entrar con Dios en cuenta le será negocio ligero, y que para el desafio basta un atrevimiento loco, mas para la estacada y victoria hay necesidad de otro saber y de otro ánimo diferente del suyo. Que Dios va fuera de toda cuenta y es libre de toda competencia con él; no viene en comparacion con ninguno, sa-

28 ¿Quién es á la lluvia padre, ó quién engendró gotas de rocío?

29 ¿De vientre de quién saldrá escarcha? Y hielo de cielo ¿quién le engendró?

30 Como piedra aguas se endurecen, y faces de abismo se aprietan.

31 ¿Por dicha ayuntarás las estrellas resplandecientes cabrillas, ó podrás desatar el cerco del arturo?

32 ¿Por ventura producirás lucero á su tiempo, y lucero de la noche harás que sobre término de tierra se levante?

33 ¿Por ventura sabes estatutos de cielo, ó si pondrás su mando en la tierra?

34 ¿Por ventura levantará á la niebla voz tuya, y muchedumbre de aguas te cobijará?

35 ¿Por ventura enviarás rayos, y irán y te dirán: Venos aquí?

36 ¿Quién puso en las entrañas del hombre sabiduría, ó quién dió al velador entendimiento?

37 ¿Quién contará la órden de los cielos? Y consonancia y música de cielos ¿quién hará que duerma?

38 Cuando se fundaba el polvo en la tierra, y sus terrones se apiñaban.

EXPLICACION.

1 «Y respondió Dios á Job de entre el torbellino, y díjole.» Acabó Eliú su razon, y Job había dado ya fin á las suyas, y los demás amigos mucho antes habían puesto á sus bocas silencio; y quedaba todavía sin remate una porfia tan trabada y reñida, porque ninguno se rendia al otro, antes cada uno estaba en su sentencia firme y entero. Y así por esta razon como tambien por lo que se debía á la verdad ofendida, convino que sobreviniese quien volviese por ella y la sacase á luz, y pusiese en su lugar fuera de los lazos de tan perplejas razones; y convino que juzgase alguno este pleito y le sentenciase, condehando al culpado y volviendo al inocente su honra. Para lo cual sale agora Dios, y habla y hace su oficio, que es dar luz en las dudas, declarar las faltas, honrar y premiar las virtudes. Y así escribe el Profeta: «Y respondió Dios á Job del torbellino, y díjole.» Esto es, mas porque callaban todos ya, y se quedaba cada uno en su tema, habló el Padre de la verdad para decirnos lo cierto. «Y respondió Dios á Job.» ¿Qué duda había, sino que en faltando los hombres, había Dios de acudir á su siervo, y que puesta la justicia en balanza, había Dios de tomar su defensa, y que siendo contra Job sus amigos, Dios había de ser con Job contra ellos? «Y respondió Dios á Job,» esto es, y habló Dios á Job; porque en la lengua de la Escritura Santa el *responder* es hablar. Demás de que, así habla aquí Dios, que responde á algo de lo que Job tiene dicho. «Y respondió Dios á Job del torbellino.» Ordinario es en la Sagrada Escritura introducirse Dios segun la disposicion de la ocasion en que se introduce, ó del tiempo y persona y negocios de que entonces se trata. Quando apareció á Moises (a) al principio, fué en imágen de fuego, en medio de una zarza y sin daño; y en fuego y en zarza, por el ansia en que se abrasaba su pueblo y por las espinas de trabajos que lo traspasaban; y sin daño, para significacion de su libertad y buen suceso. A Esaías (b) apareció cercado de humo, por la escuridad que á su gente vernia. Y á

(a) Exod., 3, 2. (b) Isai., 6, 4.

Ezequiel (c) entre ruedas y animales, por la servidumbre que tenia entonces el pueblo captivo, y la que habían sucesivamente de servir despues. Ahora parece y habla Dios del torbellino, porque Job, á quien habla, estaba en el torbellino de la calamidad que se ha dicho, y porque en los sucesos ásperos y tempestuosos acude siempre Dios á los suyos, que es como David dice (d): «Favorecedor en el artículo del menester y en las tribulaciones.» Y en esta habla hay dos cosas: una cierta, y otra en que puede haber duda; lo cierto es, que habló Dios con Job lo dudoso, en qué manera, si exterior y visiblemente, ó por modo interior ó invisible, y si él por sí mismo ó por otro algun medio; porque todo es posible y todo usado á Dios, y que aconteció y acontece, como es notorio y san Gregorio muestra (e) por muchos ejemplos. Si fué invisible la habla, en que sin ruido ni figura de palabras manifiesta Dios al corazon en un momento grandes y diferentes verdades, Dios fué el que propriamente la hizo; mas si fué exterior y visible, fué ángel el que la obró por órden y en persona de Dios, como el sobredicho santo nos dice. Yo diria que hubo aquí interior y exterior, y que se mezcló y compuso de ambas cosas la habla. Porque en lo exterior no podemos negar el torbellino y ruido, pues la Escritura lo pone con palabras propias, y que sin inconveniente pueden ser propriamente entendidas; pues no es nuevo, como consta de las letras sagradas, que haya algun movimiento verdadero y ruido exterior. Como cuando dió la ley á su pueblo (f), que tembló el monte y hubo tronidos, y sonó en los oídos de todos claro son de bocina. Y cuando dijo á Cristo su Padre (g): «Y te esclarecí, y te tengo de esclarecer,» así sonó la voz, que pareció grande trueno. Y finalmente, el Espíritu Santo, descendiendo á enseñar los apóstoles (h), hizo sensible ruido, «como de grandísimo viento que viene.» Así que, en lo exterior hubo torbellino y sonido. Mas lo que se razonó y platicó es muy verisímil, que fué negocio del alma, que no sonó por defuera, sino que en la manera que á san Pablo avino (i) yendo á Damasco, cuando fué cercado de nueva luz y derrocado con ella, y por Cristo enseñado y reprehendido; que la luz y el estampido fué público, y lo sintieron y vieron así él como los que iban con él, mas las palabras de reprehension fueron secretas y solo para san Pablo. Así en esta habla de Job él y sus amigos vieron y sintieron el torbellino y estruendo visible, y reconocieron todos por él y en él la presencia divina; mas lo que Dios presente dijo no fué para todos, sino para solo Job, á quien en lo secreto de su alma Dios hablaba en esta manera. Decia:

2 «¿Quién este, que escurece sentencias con palabras vacías de saber?» Unos dicen que Dios habla aquí de Eliú, otros sienten de Job, y será mejor decir que de entrambos; porque así el uno como el otro eran dignos de reprehension, y Eliú mucho mas, y cada uno en su cosa. Eliú pecó, lo uno en cargar tan pesadamente la mano, llamando pecador á Job y teniéndole por tal, aunque por razones diferentes de los primeros,

(c) Ezech., 1. (d) Ps. 9, v. 10.

(e) S. Greg., Mor., l. 50, 28, c. 1. (f) Exod., 19, 16.

(g) Joan., 12, 28, 29. (h) Act. Ap., 2, 2. (i) Allí, 9.

como arriba se dijo; lo otro, porque su intento, que era mostrar no ser del hombre entrar con Dios en cuenta ó pedirselo, siendo tan manifiesto, por probarlo, lo escureció, replicando razones ajenas é impertinentes. Mas la culpa de Job fué, no en tenerse por castigado sin culpa, que sin duda no la tenia conforme al castigo, ni haberle faltado paciencia para llevarlo, porque fué pacientísimo, ni haber sentido mal de la providencia de Dios ó de su justicia, la cual confiesa en muchas partes y alaba, ni en la relacion que de su vida é inocencia hizo, porque fué verdadera, sino en cierta demasia de palabras, á que pudo llevar un ánimo tan santo y tan recto la porfia de sus amigos injusta y molesta sobre un sugeto tan fatigado y herido. Y la demasia fué decir á Dios que, ó le oyese y le respondiese, ó que le oiria él y despues le responderia; que pudiese su poder aparte y el espanto que á la criatura hace cuando se demuestra presente, y que viniere con él á llana y igual disputa con armas parejas; y que así, escogiese, ó preguntar él y Job responderle, ó al revés, responder siendo por Job preguntado. Que aunque en un alma por una parte tan pura, y por otra parte herida tan crudamente, el dolor y la buena conciencia, y la seguridad que de ella nace, cria naturalmente una santa osadía, que entre amigos se sufre y perdona; mas el juicio de Dios fiel y puro, y que con los mas suyos es mas delgado, tuvo por demasia faltar, por pequeña cosa que fuese, á la modestia y respeto que una bajeza debe á la grandeza divina, ante quien ni alzar los ojos debemos, cuanto mas pedir razon de sus hechos, sino acetar sus juicios seguros. Que quien es la razon, la bondad y el saber, y la verdad y la misma justicia, la tiene en las cosas que hace. Pues así dice de Eliú: «¿Quién es este que escurece sentencias,» ó como el original dice, *consejos*, esto es, verdades y intentos ciertos, con palabras impertinentes? Porque, como dijimos, nunca probó bien lo que pretendia, con ser su pretension verdadera. Y de Job dice: «¿Quién es este que escurece sentencias ó consejos?» Esto es, esta su causa buena y justa en cierta manera la desdora con palabras no bien pensadas, y se muestra osado inadvertidamente en la boca, y parece me desafia y me llama á disputa. Y así dice:

3 «¿Cíñe como varon tus lomos, preguntarte he y enseñarme has.» Como diciendo: Pues me llamas á razon, yo quiero ponerme á ella contigo; y pues deseas oír y responder, ó preguntar y ser respondido, á punto estás, que yo quiero preguntarte ahora y ver luego lo que tú me respondes; esfuérzate y «cíñe tus lomos como varon»; que es decir, apercíbete y está presto con esfuerzo y con ánimo, y si presumes en palabras, muéstralo agora con obras, y veamos si es lo mismo el decir que el hacer. Y dicho esto, comienza Dios y preguntale:

4 «¿Dónde eras al fundar yo la tierra? Manifiéstalo si tienes saber.» Como dijimos al principio, en toda esta plática, que se extiende por cuatro capitulos, pretende Dios una sola cosa, y la misma que Eliú pretendia, que es mostrar lo poco que el hombre alcanza en lo que Dios hace, y persuadir por esta via á que sugete su juicio cada uno á sus hechos, y los apruebe y ace-

te, y no le pida cuenta ni juzgue. Porque bien se sigue que no debe ni puede pedir cuenta á Dios de sus obras el que no entiende ni alcanza ni las menores de ellas. Y así, todo aqueste discurso es una relacion por menudo de las obras naturales que hizo Dios, que el hombre no entiende, comenzando de las mas altas y viniendo á las bajas, y de las generales á las mas particulares y propias; arguyendo siempre secretamente que quien no sabe esto que trata y se viene cada día á los ojos, menos entenderá los consejos que tiene cerrados Dios en su pecho. De arte que, constando toda aquesta razon de dos proposiciones ó partes, una que antecede, y otra que de ella se sigue (antecede, el hombre no entiende las obras que Dios hace; sigue, luego no puede ni debe pedirle cuenta ó juzgar de sus secretos consejos), prueba Dios la primera por induccion de singulares copiosa y elegantísimamente; la segunda que se sigue calla, porque en la primera está dicho, y siendo aquella cierta, esta está clara y manifiesta á cualquiera. Dice pues: «¿Dónde eras al fundar yo la tierra?» Como si mas claro dijese: Pues eres tan sábio que presumes de estar á juicio y á razones conmigo, yo me allano y pongo aparte lo mucho que puedo, y no uso de mi majestad y grandeza; como igual con igual te hablo; y pregunto si me sabrás decir qué eras ó adónde estabas, ó cuál era tu poder y saber cuando yo comenzaba la tierra. En que por dos maneras manifiesta al hombre Dios su ignorancia y bajeza. La una, porque hubo tiempo en que no era, y por la misma razon tuvo su principio de nada; con que se arguye claramente su poca substancia y ser flaco y miserable, que al fin responde á su origen. La otra, que está tan léjos de competir en nada con Dios, que lo público que Dios hace, y eso mismo que ve, no lo entiende. Por lo primero dice: ¿Dónde eras tú cuando ponía yo á la tierra cimientos? Que es decirle, no solo que comenzó á ser mucho despues, sino que entonces era nada; no solo que es moderno en sí, sino que en su principio es miseria. Para lo segundo le pregunta de la tierra que huella, y de sus cimientos que cada día descubre, si sabe ó entiende cómo se pusieron en la manera como la tienen en pie. Que á la verdad es caso maravilloso extrañamente y secreto que cuerpo y pesadumbre tan grande se sustenten en el aire, que le cerca á la redonda y del todo. Y no basta lo que del centro se dice, porque eso es lo que no se entiende y espanta. Que sea centro aquel punto mas que otro cualquiera, ¿qué razon se lo dió? ¿Quién puso ó cómo puso allí aquella virtud y fuerza tan grande? O ¿qué fuerza es, y de qué propiedad y metal? Así que, es ignorante el hombre porque es moderno, y porque anda ciego en eso mismo que ve, como parece en lo poco que entiende de la fábrica de la tierra adó mira. A que tambien pertenece lo que luego se sigue. Dice:

5 «¿Quién puso medidas sobre ella, si lo sabes, ó quien extendió sobre ella plomada?»

6 «¿Sobre qué se afirmaron sus apoyos, ó quién puso la piedra de su clave?» Que es preguntar en una palabra si sabe la fábrica de la tierra; que habla de ella á semejanza de un soberbio edificio de los que los hombres hacen, y así, nombra los niveles y las plomadas